

Del por qué de mi amor por los árboles

Por Víctor L. Barradas¹

La remembranza de esta historia empieza con un comentario puesto en tuitter por @iivan_dominguez el 1 de junio del 2014 y llegó a mí a través de @viuditaCR y discutiendo posteriormente de la siguiente expresión:

"¿Por qué será que en cuanto un hombre construye un muro, inmediatamente su vecino quiere saber qué hay del otro lado?" en la boca de Tyrion Lannister pero de la pluma de George R. R. Martin. Después de algunos intercambios de ideas @iivan_dominguez dijo: "Vemos el campo de siempre y al levantar el muro queremos saber qué árboles hay".

Esto me llevó a mis días de infancia, esto me hizo recordar cuando los patios (delantero y trasero) de mi casa estaban llenos de árboles.

Soy de un pueblo del estado de Veracruz, en la cuenca del río Papaloapan, situado en una pequeña depresión, dando en consecuencia un clima muy cálido con una temperatura media anual de 31.7 °C y a veces la temperatura máxima llega a ser hasta de 50 °C a la sombra, lo que le valió el sobrenombre de *La Antesala del Infierno*; no obstante, en la actualidad le llaman *La Novia del Sol*. La precipitación anual es de 1356 mm. Por este tipo de clima, la vegetación es en gran medida la perteneciente a la de un bosque tropical caducifolio.

El patio trasero, al sureste de mi casa, colindaba con otros tres patios separados únicamente por cercas de alambre, así que podíamos vernos los unos a los otros. Mi patio estaba lleno de plantas con varios árboles: un roble (*Tabebuia rosea*), dos mangos manila (*Mangifera indica*), pegada a la casa una palma de coco (*Cocos nucifera*), y a un costado del patio, hacia el noreste, un colosal cedro rojo (*Cedrela odorata*), las demás plantas eran del tipo de hortalizas donde destacaba una gran planta de chayote (*Sechium edule*) y otras hierbas comestibles (a veces cebollas (*Allium cepa*) o frijoles (*Phaseolus vulgaris*) que yo cultivaba). Al lado suroeste de la casa había un almendro (*Terminalia catappa*), al noreste un capulín amarillo (*Muntingia calabura*) y en el patio delantero había un cuajilote (*Parmentiera aculeata*), un guayabo (*Psidium guajava*), un roble y tres cedros rojos jóvenes. Mi casa y sus patios parecía más un huerto familiar de esos muchos que hay en el

¹ Investigador del Instituto de Ecología de la UNAM

estado de Tabasco y la península de Yucatán, y que han sido ampliamente documentados en la literatura técnica-científica-social. Claro si mi casa era un huerto familiar, era muy pequeño pues solo se encontraba a una cuadra del palacio municipal y el terreno no era grande, es decir vivía en el centro o primer cuadro del pueblo.

Aprendí a trepar por estos árboles solo con mis brazos y pies, sin ningún auxilio de equipo. Con esta destreza fácilmente escapaba de mis hermanos cuando me perseguían por algún desacuerdo o travesura. O me escondía de ellos o de mi madre, principalmente al trepar al roble del patio trasero, ya que a una altura de cerca de cinco metros su tronco se bifurcaba en dos grandes ramas, sitio donde me fascinaba sentarme y ver desde otra perspectiva el jardín de mi casa, mi casa misma y la de los vecinos. Cuando trepaba este árbol mi madre o mis hermanos nunca me encontraban, pues por más que buscaran, nunca volteaban la cabeza hacia arriba.

Lo único que no me gustaba de este jardín era que los cedros, los robles y el almendro son árboles caducifolios, y en la época seca tapizaban el suelo con una gran capa de hojarasca y que había que limpiar, barriendo con escobas más grandes que yo (tiempo después supe que lo mejor era no hacerlo, pues la hojarasca al descomponerse en el suelo lo fertiliza, hubiera sido muy feliz de que esto hubiera ocurrido en casa).

Esto se miraba, compensado en la época húmeda, cuando los robles se cubrían totalmente de flores, las cuales al caer al suelo, creaban una maravillosa alfombra de color rosa. Las flores generaban sus frutos en forma de vainas que al madurar, el aire se llenaba de helicópteros blancos con dos alas, siendo desviados y llevados por el viento (dispersión anemócora) a lugares inimaginables. Algunas veces me monté en uno de estos helicópteros y me llevaron lejos, muy lejos en aventuras por el bosque tropical caducifolio, ya fuera de mi pueblo. Con los cedros rojos pasaba algo semejante, aunque no tuvieran bonitas y vistosas flores como los robles, si producían frutos en los que las semillas también eran aladas, un helicóptero pardo pero con solo un ala, pero también eran llevados por el viento a lugares remotos.

De repente el capulín se llenaba de flores blancas, en grupos de dos o tres, y posteriormente producían unas dulces frutillas amarillas, que me atarragaba con ellas; pero tenía grandes competidores que me quitaban muchas, principalmente cuando caía la noche. Al otro día, la parte superior del dosel de mi cama aparecía llena de semillas, pues los murciélagos

chupaban estas frutas en las vigas del techo de mi casa desde donde algunas caían. El almendro igual, se llenaba de flores blanco-verdosas, y aunque no me comía la carnosidad del fruto pues tenían un sabor raro y ácido, si me comía la semilla, partiendo el hueso con dos grandes piedras. Cuando fructificaban los mangos, entonces me subía a ellos y con una garrocha recolectora, los cortaba y eran almacenados en aserrín y puestos en la oscuridad, donde se conservaban durante mucho tiempo, y al madurar paladeaba su rico sabor. Upps, la fruta que nunca me gustó y sigue sin gustarme fue y es la guayaba, pero a mi madre le fascinaba.

Así pasé el tiempo entre la escuela, mis árboles y mis salidas/escapadas o "idas de pinta" a la grandiosidad del bosque tropical caducifolio.

Un día, a uno de los vecinos, el dueño del predio que colindaba por la parte noreste del patio trasero, empezó a construir un muro para, de acuerdo a él, tener mayor seguridad, así separando más sólidamente los dos patios. El colosal cedro rojo del patio trasero estaba precisamente en el lindero de los dos terrenos. El hombre aquel, que tenía una buena relación de vecino con mi padre, después de una conversación en el lindero de los patios, le preguntó ¿Qué vamos a hacer con este árbol? a lo que mi padre le contestó: Corre el lindero dentro de mi propiedad de tal manera que el árbol quede en la tuya, pero me tendrás que prometer que al menos mientras vivas ese árbol estará ahí. Y así, el hombre aquel levantó un muro separándome de ese grandioso árbol. Mi patio trasero ya no volvió a ser el mismo. Mi padre amaba a los cedros rojos, ha de ser por eso que yo amo a los árboles. Mi padre me enseñó sin decir una sola palabra a amar a los árboles, al sacrificar una parte de su propiedad para salvar al majestuoso cedro rojo. Jamás volví a ver el patio de aquel vecino, ni me interesó saber que había detrás del muro, solo me bastaba con ver algunas de las grandes ramas que colgaban y se mecían por arriba de mi patio y que en abril-mayo, sus frutos soltaban esos conocidos helicópteros, pero ya no volví a volar en ellos.